



DESDE que en 1848, justo en el centro del siglo en el que el capitalismo trazó nítidamente sus perfiles, Marx y Engels inflamaron las esperanzas de las masas al sentenciar que “la burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros” y profetizar que “su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables” (*Manifiesto comunista*, Turner, Madrid, 2005, p. 168), la cuestión acerca de la dinámica futura y eventual liquidación de lo que llamaron la *sociedad burguesa*, no pocas veces teñida de las más opuestas y agudas respuestas emocionales, ha estado presente en la calle, en los más diversos cenáculos y en el ánimo de los estudiosos. Fue Joseph A. Schumpeter quien casi cien años después, todo un periodo rico en acontecimientos en el que la marcha del capitalismo ha discutido supuestos básicos de Marx, recogió el testigo y repensó hasta el final este tema relativo al tiempo histórico de esta sociedad económica. El título de lo que originariamente constituye la sección segunda de *Capitalismo, socialismo y democracia*, pero que ha visto la luz también de forma independiente, es elocuente al respecto: *¿Puede sobrevivir el capitalismo?* Aunque también equívoco; la forma directa y sugerente en la que interpela y la sencillez

con la que plantea su cuestión pueden suscitar la falsa impresión de que se trata de un texto de carácter divulgativo, cuyo destinatario es el gran público, en el que la rigurosidad y la profundidad no constituyen propiamente un criterio y cuya intelección apenas plantea exigencias. Nada más ajeno a la realidad, sin embargo. En lo que constituye de principio a fin de forma no disimulada un pulso con Marx, Schumpeter constantemente se supone a sí mismo, de forma que los planteamientos que despliega en torno a la cuestión central relativa al destino del capitalismo suponen tanto las líneas maestras de los planteamientos económicos e históricos de Marx, como su propia teoría de los ciclos económicos. En todo caso, es la relevancia del tema la que eleva a Schumpeter a justo interlocutor de Marx y reviste de interés sus lúcidas, incisivas, originales y, en algunos casos, como especialmente el relativo a la naturaleza e idiosincrasia de los intelectuales, provocativas reflexiones.

Joseph Alois Schumpeter, a diferencia de Marx, no pocas veces convertido en un fetiche más por sus declarados seguidores que por sus detractores, es más allá del círculo de los especialistas y estudiosos casi un desconocido. Sin embargo, sus planteamientos resuenan en no pocos discursos políticos especialmente hoy en día, en una coyuntura tan necesitada de estímulos de la más variada índole, cada vez que se deposita toda esperanza en el capital humano que representa la iniciativa espontánea de ciertos individuos para emprender acciones económicas novedosas y audaces y se reclama un marco institucional que no las coarte. La teoría de la innovación schumpeteriana está a la base de tales propuestas.

JOSEPH A. SCHUMPETER, *¿Puede sobrevivir el capitalismo? La destrucción creativa y el futuro de la economía global*, traducción de Jose Ángel Rubio, Capitan Swing, Madrid, 2010, 278 pp. ISBN 978-84-937709-8-3. (*Can Capitalism Survive? Creative Destruction and the Future of the Global Economy – Capitalism, Socialism and Democracy*, 1942)



Sin embargo, a diferencia del caso de Marx en el que difícilmente puede ocultarse la genealogía del amplio elenco de propuestas económicas y políticas, contenidas entre el tibio reformismo y la acerada revolución, que ha suscitado en el transcurso del tiempo, o también del de Keynes, cuyas recetas referentes al rol regulativo y reactivador del Estado se han mostrado tan eficaces como conocidas, la paternidad de Schumpeter en relación a toda una forma de comprender el capitalismo muchas veces queda velada, de forma que pasan desapercibidas la enorme significación teórica y las notables consecuencias en el orden de la praxis política-económica de sus planteamientos. Así, quien, según se cuenta, afirmara haberse propuesto ser el mejor amante de Viena, el mejor jinete de Europa y el mejor economista del mundo hizo justicia a las pretensiones manifiestas en este autorretrato con su legado como teórico del desarrollo del capitalismo. Y si, ciertamente, pudiera aplicársele bien aquello que de otro afirmara Borges acerca de que le tocaron, como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir, lo cierto es que a aquellas generaciones que pasaron por las dos grandes guerras del siglo pasado y la crisis que medió entre ellas podría disculparseles cierto escepticismo ante la sutileza de una tal aseveración. Y tales tiempos fueron su necesidad. Nacido casi a finales del siglo XIX en la ciudad de Triesch, por entonces perteneciente a la provincia austríaca de Moravia, pero actualmente perteneciente a la república Checa, el inicio de la madurez vital y teórica de Schumpeter coincidió con la primera gran guerra en una vida que se prolongó hasta 1950, fecha en la que murió de forma repentina a una edad, si es que para tal hay otra, aún temprana. No hay vida que se pueda capturar, y menos en unas pinceladas. Pese a ello, no está de más señalar la exquisita educación de la que disfrutó Schumpeter que, según se ha afirmado, se transluce en el carácter elitista y en cierto hálito aristocrático que poseen algunas de sus ideas en torno a la figura del empresario. Se doctoró en Derecho Romano y Canónico en la Facultad de Derecho de Viena en la que también se inició en los dominios de la economía. Practicó la carrera jurídica en 1907 y 1908 en el Tribunal Internacional de El Cairo. Ejerció la docencia en 1909 en la Universidad de Czernowitz y a partir de 1911 en la de Graz hasta finalizar la Primera Guerra Mundial. Fue en aquella época, aún muy joven, cuando publicó su primera gran obra, *Teoría del Desarrollo económico*, en la que ya perfilaba nítidamente su teoría sobre la dinámica del capitalismo. Tras la guerra, en 1919, aceptó el cargo de Ministro de Finanzas de Austria por encargo del gobierno de coalición entre socialistas y cristiano sociales. Tras este paso por la política que parece fue aún más decepcionante que efímero, Schumpeter ejerció brevemente como banquero al ser nombrado presidente el Biedermann Bank. Fue la quiebra del banco la que lo devolvió al ámbito académico en 1925, fecha en la que tomó posesión de una plaza de profesor de Economía en la Universidad de Bonn que ocuparía hasta 1932, año en el que se vinculó a la Universidad de Harvard, donde permanecería ya hasta su muerte. Esta última etapa marcada por el auge del nazismo y la Segunda Guerra Mundial, junto a la época inmediatamente anterior a la primera gran guerra, constituye la más fecunda en la vida de Schumpeter. Es entonces cuando publica con apenas tres años de diferencia *Ciclos económicos*, en 1939, y después *Capitalismo, socialismo y democracia*. Una década más tarde aparece *Diez grandes economistas. De Marx a Keynes*. Si hay algo que destaca en esta trayectoria es, en lo vital, la proliferación de vicisitudes motivadas en no poca medida por la índole de los tiempos y, en lo intelectual, la precocidad, pues con apenas 30 años Schumpeter ya había establecido, según dictan los cánones de la genialidad, las líneas maestras de su teoría acerca de la evolución del capitalismo.

Sin duda, la obra más influyente y que más éxito reportó a Schumpeter es *Capitalismo, socialismo y democracia*. Ella remite



en su título y en su contenido a Marx, cargando de valor simbólico una fecha con seguridad sobradamente conocida para los estudiosos de la economía: 1883. Es éste el año de la muerte de Marx y del nacimiento de Keynes y de Schumpeter. Un azar tal, que parece querer reforzar la idea de este último según la cual las innovaciones proceden por racimos, por sí mismo desliza ya una comparación no necesitada tampoco de justificación. Si algo tienen en común estas tres grandes figuras de la economía es el haber desarrollado ideas en torno a los mecanismos subyacentes a las grandes transformaciones económicas que les permitieron aventurar pronósticos relativos al futuro del capitalismo. En base a una concepción compartida acerca de su naturaleza dinámica, previeron todos ellos modificaciones profundas en la estructura económica y social de las sociedades occidentales y, por ende, en el mundo entero. Sin embargo, mientras Marx y Schumpeter coincidieron en una anticipación en la que, aunque por diferentes motivos, el capitalismo cedía ante una organización económica de carácter socialista respecto a la cual mantuvieron también opuestas actitudes, Keynes, en cambio, moviéndose en una escala temporal mucho más reducida, entendió que mediante una oportuna tecnología económica dirigida por especialistas los Estados suplirían la regulación automática de los mercados, de forma que el capitalismo podría alcanzar un estadio en el que la sociedad del bienestar se generalizaría y, por decirlo así, la economía dejaría de constituir un problema. Fue también sólo Keynes, en consonancia con sus intereses centrados fundamentalmente en el corto y medio plazo, aquel de estos tres economistas *dinámicos* cuyos planteamientos teóricos procuraron estrategias concretas de intervención destinadas a controlar los procesos económicos en las sociedades occidentales. De acuerdo con el lema según el cual *a largo plazo, todos estamos muertos*, la cuestión de carácter macrohistórico relativa al límite temporal del capitalismo básicamente resultó extraterritorial a sus planteamientos teóricos. De ahí que, por la particular decantación de sus intereses teóricos, se sustraiga al interesantísimo debate de fundamentos centrado en torno a la cuestión del fin de esta economía y su eventual sustitución por el socialismo que tensó Schumpeter con Marx.

Schumpeter admiró profundamente a Marx, pese a que aquella bella formulación de una vida colectiva lograda según la cual el ser humano al fin desplegaría su existencia en una “asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos” (*Manifiesto comunista*, p.176) le fue completamente ajena, pues nunca consideró el socialismo como un fin, sino tan sólo como, a título de lo puramente inevitable, una consecuencia. Lo que impresionó de Marx a Schumpeter fue su elaborada teoría sobre la dinámica económica y las grandes transformaciones históricas asociadas a ella; ese legado teórico conocido como el materialismo histórico que intelige la historia universal como un proceso de evolución social determinado por los factores inscritos en la esfera de la infraestructura económica de las sociedades. Es esto mismo, una concepción del capitalismo como un sistema dinámico, como una realidad en un permanente estado de flujo debido a factores endógenos, lo que constituye el plano de convergencia entre Marx y Schumpeter. De ahí que la cuestión relativa al término final del proceso en el que todo éste se significa y adquiere pleno sentido responda a la lógica misma de sus respectivos planteamientos. En lo que constituye una tendencia general a largo plazo que termina con la liquidación del capitalismo, se constituyen para ambos economistas secuencias de carácter cíclico que involucran fases de crisis y otras de recuperación y crecimiento: es bien conocido cómo las crisis de superproducción progresivamente amplificadas en el capitalismo expresan para Marx las contradicciones entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción que han de terminar con él y marcan



el vértice en el que converge la lógica histórica con el voluntarismo encarnado por una praxis de clase guiada por intereses emancipatorios universales; Schumpeter elabora una sofisticada teoría de ciclos de diferente rango y amplitud, los ciclos largos de Kondratieff, los ciclos medios de Juglar y los ciclos cortos de Kitchin, ocasionados en los procesos de innovación que tienen lugar en la esfera de la producción, cuya composición, amplificándose o compensándose entre sí, determina toda una fenomenología histórica en la que, exhibiendo una tendencia que los atraviesa, se van configurando las condiciones de supresión de un capitalismo que, sin embargo, se muestra tremendamente efectivo en su capacidad productiva: básicamente las grandes empresas trustificadas y burocratizadas, junto con un marco institucional y político y un clima social hostiles. En todo caso, tanto para Marx como para Schumpeter en el horizonte histórico del capitalismo despunta el socialismo como aquella alternativa producto de una praxis revolucionaria o, simplemente, como un destino inevitable.

Por ello, cuando Schumpeter fija los mojones que van a circunscribir su reflexión aseverando “¿puede sobrevivir el capitalismo? No; no creo que pueda” (*¿Puede sobrevivir el capitalismo?*, Capitán Swing, Madrid, 2010, p.47) tiene sumo cuidado en deslindar lo que entiende que constituye una inferencia sólidamente sustentada en hechos y razones, en una teoría en suma, de una actitud o mera disposición subjetiva. Justamente es en la adhesión al objeto de una tal inferencia donde concibe su separación respecto a Marx, pues a diferencia de éste, el socialismo para Schumpeter no representa ningún objetivo. Y es aquí, en esta delimitación inicial, donde señala su segunda diferencia capital con Marx, ahora teórica más que volitiva, al sostener que el capitalismo no encontrará su ruina en un colapso de la producción, sino que más bien sufrirá una prolongada *muerte fría* debida, paradójicamente, nada menos que a su éxito. Según esta tesis, “el mismo éxito del capitalismo mina las instituciones sociales que lo protegen y crea, *inevitablemente*, las condiciones en que no le será posible vivir y que señalan claramente al socialismo como su heredero legítimo” (*¿Puede sobrevivir el capitalismo?*, p.48). Al desarrollo y la fundamentación de tal prognosis se dedican los diez apartados de *¿Puede sobrevivir el capitalismo?* A diferencia de Marx, la teoría que sustenta esta prognosis de Schumpeter *negativa o invertida*, por no deseada, excluye cualquier elemento que implique una interpretación de la fenomenología social en términos de racionalización desde el momento en el que el socialismo, al igual que el capitalismo, es en su conceptualización meramente el resultado de la interacción de los plexos de acción individuales de los agentes sociales. Referido en los conocidos términos de Habermas, la teoría de Schumpeter sólo contempla la integración sistémica, excluyendo completamente cualquier forma de integración social como fuente de articulación de las sociedades humanas. De ahí que no pueda, consecuentemente, a diferencia tanto de Marx como de Habermas mismo, comprenderse su modelo dinámico de evolución del capitalismo en los términos de una teoría de la racionalización social con el déficit que ello supone al quedar bloqueada la posibilidad de fundamentación de cualquier elemento normativo.

En su elaboración de esta, según se la considere, *prognosis invertida*, Schumpeter comienza por cuestionar el supuesto marxista de la tendencia a la acumulación en el modo de producción capitalista. Señala que, contrariamente a esta predicción de Marx, lo que se ha evidenciado con el desarrollo del capitalismo es la capacidad de éste para producir a gran escala bienes de consumo destinados prioritariamente a las masas. Así, frente a la tesis de la pauperización progresiva de la sociedad, entiende Schumpeter que el capitalismo ha ido incrementando de forma constante el nivel de vida de sus capas más desfavorecidas, y ello “no por mera casualidad, sino en virtud de su propio mecanismo” (*¿Puede so-*



brevivir el capitalismo?, p.60), impulsando así el progreso social. Entiende que dos hechos obvios resaltan esta realidad: en primer lugar, que toda la legislación social de los Estados liberales presupone el éxito del capitalismo en cuanto a la creación de riqueza, pero, también, que no pocos elementos de esas iniciativas sociales han sido puestas en práctica por vez primera por el estatus capitalista mismo. Y todo ello, aduce Schumpeter, es algo que hay que poner del lado del haber en lo que atañe a las realizaciones del capitalismo. Nada hace pensar, añade por otro lado, que esta tendencia haya de cambiar en su evolución futura. Y, efectivamente, lo que ha sido la posterior consolidación de las sociedades del bienestar sobre todo en Europa Occidental parece, *prima facie*, corroborar esta tesis de Schumpeter frente a Marx, siempre y cuando no se considere el fenómeno, desde una perspectiva global, como una de las partes de una división mundial del trabajo que ha dado lugar a un proceso de proletarización que ha involucrado a los países que conforman el Sur, desempeñando el Norte la función antaño reservada a la burguesía. Pero, más allá de esta polémica, lo que es claro es la capacidad del capitalismo para sobrevivirse. Algo, por lo demás, que hasta el presente ha hecho de una forma ya prefigurada por Marx: explotando, entre otras, sus posibilidades extensivas, colonizando, exportándose.

Así pues, la tesis de Schumpeter sostiene que el capitalismo está a la base de las realizaciones observadas en los países occidentales. Y ello es innegable. Lo que es cuestionable apelando a los perfiles de la globalización económica, especialmente a un fenómeno que puede conceptualizarse como una división a escala planetaria de la producción, es que este hecho desmienta drásticamente los postulados de Marx. En todo caso, Schumpeter entiende que el mecanismo a través del cual el capitalismo tendencialmente, salvando las fases alternativas de depresión y crecimiento prefiguradas en su teoría de los ciclos, incrementa los niveles de vida del conjunto de la población en su marco de referencia es el de la *destrucción creativa*. Tal concepto, considerado una de sus aportaciones más originales, remite a su concepción dinámica del capitalismo. Para Schumpeter, éste no se rige por el modelo de *competencia perfecta* que define un proceso económico que se encuentra en un equilibrio indefinido susceptible de ser roto sólo por factores exógenos, o, dicho en sus propios términos, no responde al esquema “de un proceso económico invariable que fluye con ritmos constantes en el tiempo y no hace más que reproducirse (*Ciclos económicos*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2002, pp.14-15), sino que su lógica es la de la *competencia monopolística*, escenario en el que no hay ningún equilibrio determinado y donde la guerra entre empresas rivales es la constante. Pues bien, la tesis de Schumpeter dicta que en esta condición de competencia monopolística el capitalismo tiende no a la restricción de la producción y a la consiguiente contracción del nivel de vida, sino al incremento de la misma, que, consecuentemente, no se da en él una contradicción entre la lógica del beneficio particular que impele los procesos productivos y una producción máxima socialmente deseable. Y, ¿cómo es ello posible? La respuesta de Schumpeter a esta cuestión la aporta su teoría de la innovación como motor de la evolución del capitalismo. Sostiene que el impulso de la maquinaria capitalista posee un carácter endógeno: el capitalismo constantemente se revoluciona desde dentro en un movimiento en el que elementos nuevos, fruto de intervenciones innovadoras en el ámbito de la producción, sustituyen incesantemente a otros viejos y caducos, de forma que tal “proceso de *destrucción creativa* constituye el dato esencial del capitalismo” (*¿Puede sobrevivir el capitalismo?*, p.87). En lo que califica como *el vendaval* de la destrucción creativa cuyo influjo reordena permanentemente el paisaje del capitalismo, Schumpeter constata cómo surge la gran empresa que gracias a la innovación en los procesos productivos desempeña posiciones

monopolistas a corto plazo que a largo plazo significan una expansión de la producción total. La innovación constituye el factor interno propulsor de la dinámica capitalista. En esquema consiste en la combinación de los factores de producción de una forma nueva. Son las empresas que innovan, sostiene Schumpeter, aquellas que alteran la estructura industrial existente orientándola hacia el monopolio de forma provisional hasta que otras empresas las emulan. A grandes rasgos, el proceso de la innovación implica la implementación de plantas industriales y equipos que requieren fuertes inversiones. Ello supone la creación de nuevas empresas bajo el liderazgo de empresarios emprendedores. En este proceso, las viejas empresas tienden a desaparecer en el mar de la competencia y las grandes empresas, a cuya consolidación tiende la dinámica capitalista, hay que concebirlas como “cáscaras dentro de las cuales un personal que cambia constantemente puede ir de innovación en innovación” (*Ciclos Económicos*, p. 75). Lo que caracteriza al tipo emprendedor de empresario es su opción por una posibilidad no ensayada que da lugar a una nueva función de producción que le otorga a la empresa que la realiza una posición provisional de monopolio. Es el éxito y el beneficio asociado a tal posición lo que empuja al resto de empresas por tal camino emulando e, incluso, mejorando tal función. Ello explica para Schumpeter que la distribución temporal de las innovaciones se presente en racimos y no de forma uniforme. Las innovaciones, pues, perturbaban profundamente el sistema económico existente y no pueden ser asimiladas inmediatamente por éste de forma no traumática. Por ello, desencadenan un proceso de adaptación tendido en el tiempo que reviste una forma discontinua y genera todo tipo de desequilibrios. Tal es el mecanismo que está a la base de los ciclos económicos.

Y aquí otra coincidencia o, más bien, deuda. En línea con el materialismo marxista, Schumpeter otorga una prioridad a lo económico sobre los otros órdenes de lo social que evidencia cuando aborda la cuestión de *la civilización del capitalismo* al señalar que “el modelo económico es la matriz de la lógica” (*¿Puede sobrevivir el capitalismo?*, p.160). Su tesis es clara. Mantiene que la cultura que segrega la dinámica económica capitalista reobra destructivamente sobre ésta. Y cuando habla de la cultura o de la civilización capitalista, Schumpeter no está designando sino el patrón de racionalización occidental; ese *logos* caracterizado por una actitud desencantada y lógica, a la vez que práctica, instrumental y crítica cuya *protoforma* modélica es Odiseo según la luminosa interpretación de Adorno y Horkheimer de la obra de Homero, a la que, retrospectivamente, cabe reconocerle todo un carácter fundacional. El capitalismo ha comandado y llevado a plena consecuencia este esquema de racionalización que se ha extendido a todas las esferas de la cultura: la filosofía, la ciencia y la técnica, los saberes preteóricos y el mundo de los valores ético-políticos y estéticos. Las tenidas por las más grandes conquistas de la moderna civilización son, para Schumpeter, en definitiva, deudas del proceso capitalista, desde la ciencia más avanzada hasta los variados estilos de vida que realizan la libertad individual protegidos por un marco institucional democrático en un mundo definitivamente desencantado. Un mundo éste, deshabitado de elementos mágicos, que cuadra bien con otro elemento significativo de la cultura capitalista: el antiheroísmo. Ya Marx señaló tal rasgo característico al indicar que en su demolición del viejo orden feudal presidido por instituciones idílicas el capitalismo “ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio” (*Manifiesto comunista*, p. 158). Schumpeter enfatiza este rasgo antiheroico que adivina en la cultura capitalista hasta el extremo de anudarle una actitud pacifista en razón de la cual, frente a lo que hace la tradición de pensamiento marxista, desvincula, aunque ciertamente de forma más bien precaria, los grandes hechos bélicos de los dos últimos siglos de factores econó-



nicos. Casi conectando con Weber, en lo que constituye un formato argumentativo más bien reduccionista desarrolla la idea de una *ética* burguesa, racional y utilitaria que, rebasando los límites de la vida privada y pública del sujeto burgués, ha empapado las relaciones internacionales dotándolas de cierta moralidad al priorizar en base al cálculo desapasionado la diplomacia frente a la guerra.

En fin, entiende Schumpeter que este panorama, tan esquemáticamente descrito, ha constituido la realidad del capitalismo y obedece a la ley de su movimiento; una dinámica ésta netamente favorable a la sociedad en su conjunto a causa de la naturaleza y el número de las prestaciones que ha alcanzado, por su rendimiento económico. A partir de esta constatación se desplaza su atención al plantearse la cuestión relativa a qué cabe esperar en el futuro. La prognosis de Schumpeter rechaza categóricamente los supuestos marxistas que remiten a un colapso del capitalismo en base a lo que denomina “la desaparición de la oportunidad para la inversión”. Nunca, entiende, se agotarán las condiciones que determinan una tal oportunidad porque constituyen recursos del sistema incesantemente renovados, desde el perfil de la pirámide de la población hasta la técnica, porque, en suma, el sistema capitalista podrá “encontrar o crear siempre nuevas oportunidades, puesto que está organizado precisamente para este propósito” (*¿Puede sobrevivir el capitalismo?*, p.149). Frente a Marx, nada, por lo tanto, de parálisis y derrumbe. Otro es el destino, menos dramático, que reserva Schumpeter a un capitalismo que no cede en su prodigalidad, triunfante en virtud del carácter de sus realizaciones.

El factor determinante, y ambientalmente impulsado por la cultura capitalista misma, de la muerte fría que Schumpeter reserva al capitalismo es lo que denomina *el ocaso de la función de empresario*. El progreso económico, sostiene, se está gradualmente mecanizando en una tendencia que significa la paulatina desaparición de la función empresarial consistente en revolucionar el sistema de producción con sus innovaciones. Para Schumpeter, el moderno Odiseo está sucumbiendo bajo el peso del éxito de sus continuas y renovadas empresas. A diferencia de su precursor homérico, es la víctima final de su propia audacia y fría mente calculadora. La Ítaca que espera al moderno Odiseo no es ya un hogar, sino más bien el frío estuche de hierro de Weber: un mundo burocratizado y hostil, sin espíritu, en el que el individuo desaparece, siendo el empresario, modelo de la *individualidad* misma, el primero en sucumbir. Ejércitos de especialistas emulan a base de planificación en el seno de las cáscaras de las grandes empresas cada vez más poderosas el objeto de las *intuiciones geniales* que hasta el momento han definido la personalidad social del empresario. Como resultado de todo ello, “el progreso económico tiende a despersonalizarse y a automatizarse” (*¿Puede sobrevivir el capitalismo?*, p.178), y el ocaso del liderazgo empresarial se cierne también sobre la clase burguesa cuyos miembros paulatinamente, *contra natura*, van transformándose en asalariados. Y éste, así considerado, no es otro que el proceso de sustitución de la empresa capitalista por lo que Schumpeter denomina la *unidad industrial gigante* desencadenado por el éxito de la función empresarial en el que ésta, paradójicamente, se disuelve. Y si ésta es la tendencia que se anuncia nítidamente en la esfera puramente económica, del lado de la cobertura político-institucional del capitalismo Schumpeter destaca que su carácter antiheroico, su desvinculación de todo valor extraño a la utilidad y el rendimiento en calidad de guías, ha impedido a la burguesía hacerse con un control efectivo de la máquina política concitando en torno a sí adhesiones y fidelidades. Han sido siempre elementos provenientes de la tradición de la vieja aristocracia quienes han nutrido las filas del poder político en un feliz connubio que ha facilitado entre ambas, burguesía y aristocracia residual, un intercambio de prestaciones económicas



y políticas. Pero sucede que esta condición política no burguesa de medra de la burguesía está siendo liquidada por el proceso capitalista que asiste a la extinción de los últimos vestigios del ya enterrado orden feudal y tiende a consolidar un ordenamiento político de tipo y espíritu republicano, del que EEUU constituye para Schumpeter un buen ejemplo, en cuyo marco la clase burguesa, dejada a sí misma, se muestra incapaz de apuntalar sus intereses y defenderse frente a un clima progresivamente hostil. Pero esta función de socavación del capitalismo de su propio andamiaje institucional se extiende además, para Schumpeter a la esfera económica, introduciéndose “dentro de los recintos de las grandes empresas” (*¿Puede sobrevivir el capitalismo?*, p.193), pues en ellas el interés específico y personal del dueño, del patrón, ha desaparecido junto al tipo de propiedad asociado a esta figura. Es la forma de propiedad burguesa misma, con todas sus implicaciones, la que el capitalismo está destruyendo, según Schumpeter, obedeciendo a su propia lógica y sin necesidad del concurso de la praxis revolucionaria del proletariado, tal como Marx prometiera. En definitiva, “esta evaporación de...la sustancia material de la propiedad... afecta no sólo a la actitud del poseedor de acciones, sino también a la de los obreros y a la del público en general. Una propiedad desmaterializada, desfuncionalizada y despersonalizada no imprime ni impone ninguna subordinación moral, como ocurría con la forma vital de la propiedad” (*¿Puede sobrevivir el capitalismo?*, p.195). Y en ello radica el efecto autodestructor del capitalismo.

En profunda concordancia con la progresiva anulación de la figura del empresario, disolución de la clase burguesa y desnaturalización de su forma típica de propiedad, entiende Schumpeter que el capitalismo se rodea de un creciente clima social de hostilidad a causa de la sustantiva componente desmitificadora y crítica del patrón de racionalización que ha impulsado y en el que se refleja que, finalmente, se ha revuelto hacia él. Los intelectuales constituyen para Schumpeter la curiosa figura social que personifica tal configuración subjetiva sustantivamente crítica. Son los intelectuales aquellos agentes que incesantemente mantienen, fortalecen y avivan los gradientes de hostilidad que toda sociedad, aunque sea sólo de forma residual, genera. Schumpeter los contempla como los administradores del resentimiento y los profesionales nada desinteresados de la agitación social que la propia dinámica capitalista instruye y sostiene. Los intelectuales poseen un carácter marginal. De procedencia diversa, fundamentalmente de las profesiones liberales, constituyen el residuo no absorbido por el sistema de personal cualificado generado por un aparato educativo que se ha expandido, acusando una más que significativa disminución en sus niveles formativos, hasta el extremo de producir excedentes. Tales profesionales que son desplazados del mercado de trabajo y cuya formación no alcanza la altura de sus acreditaciones pueblan las filas de los intelectuales, cuyo ejercicio de crítica social, afirma Schumpeter, no constituye más que una racionalización de su disposición subjetiva de descontento y resentimiento. Tal tipo social no es nuevo. Desde los Sofistas del siglo V a.C. el intelectual ha sido un personaje incómodo. Sin embargo, sólo el capitalismo ha impulsado a estos catalizadores de las fuerzas que minan su misma base social, pues no puede combatirlos sin, a una, atentar contra las instituciones de la libertad que constituyen la condición misma de existencia de la forma de vida burguesa. Todo ello explica para Schumpeter la profunda aversión, nacida de la impotencia, que el *establishment* capitalista profesa hacia un sector social que no constituye sino un subproducto cuya actividad socava sus ya debilitadas bases.

En fin, Schumpeter entiende que todos estos fenómenos en ciernes, junto a algunos otros con ellos relacionados como la extinción de la familia burguesa o la profesionalización de la política, confluyen en liquidar la función empresarial, aquello donde reside





la materia y el espíritu del capitalismo. Según esto, lo que irá quedando será una economía de macro empresas con una estructura de sociedad anónima que “aunque producto del proceso capitalista, socializa la mentalidad burguesa, reduce implacablemente la esfera de acción de los móviles capitalistas y... termina por matar las raíces mismas del capitalismo” (*¿Puede sobrevivir el capitalismo?*, p.222). Tal es la apariencia que adopta lo que constituye la transformación del capitalismo, en función de su propia lógica, en una organización que va revistiendo la forma de vida socialista en opinión de Schumpeter: básicamente por la naturaleza misma de la propiedad asociada a las grandes empresas y por el hundimiento de la mentalidad y del estilo de vida burgués. Más allá de esto, poco, entiende Schumpeter, se puede decir, tanto en lo que respecta a su naturaleza como en relación a la forma en que pueda sobrevenir, acerca del futuro socialista que entiende que alborea en el horizonte de la historia.

Casi setenta años han pasado desde que Schumpeter efectuara esta serie de consideraciones. Años que han visto, entre otras cosas, la más devastadora guerra de la historia humana y la implantación de la barbarie en el corazón de Europa, los intentos de construcción de un orden mundial, la guerra fría, el auge y la decadencia del Bloque del Este, la instauración de EEUU como única superpotencia y la implantación de su política unilateral, la consolidación de las democracias liberales y del estado del bienestar en Occidente y, en los últimos tiempos, los síntomas de su carácter precario, la penetración del capitalismo en todas las latitudes del planeta, su progresiva colonización de las más diversas formas de vida y la división mundial de la producción, la revolución informática, sucesivas crisis energéticas y acentuados desequilibrios medioambientales. Y, ciertamente, si algo se evidencia hoy es que sobre la aldea global se alza un Leviathan capaz de poner en jaque hasta a los más poderosos Estados: el poder económico encarnado por las grandes empresas multinacionales cuya voracidad no conoce límites y que juega sin pudor con los derechos humanos. A la luz de esta realidad, la reivindicación de Schumpeter del espíritu de una época ya liquidada parece teñirse con los tonos del viejo humanismo y su premonición de una nueva era cede ante la capacidad polimórfica del capitalismo para autotrascenderse en lo que, sin duda, constituye una autoafirmación salvaje.

José Félix Baselga